

Marc Pastor

El año de la plaga

Traducción de Marta Alcaraz

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *L'any de la plaga*

Diseño de cubierta: Octavi Segarra
Fotografía: © MeetMrCampbell

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © Marc Pastor, 2010
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency,
www.ellasher.com
- © de la traducción: Marta Alcaraz Burgueño
Traducción cedida por acuerdo con RBA LIBROS S. A.
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-069-8
Depósito legal: M. 3.126-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Eva,
across the universe*

«El tiempo es ahora, el lugar es aquí.»

ROD SERLING

La dimensión desconocida

«I got soul, but I'm not a soldier.»

THE KILLERS

All These Things I've Ever Done

«Nowhere to run to, baby
Nowhere to hide
Got nowhere to run to, baby
Nowhere to hide

It's not love
I'm running from
It's the heartaches
That I know will come

'Cause I know
You're no good for me
But you've become
A part of me

Everywhere I go
Your face I see
Every step I take
You take with me, yeah

I know you're
No good for me
But free of you
I'll never be, no

Nowhere to run
Nowhere to hide
From you, baby
Just can't get away
No matter how I try.»

MARTHA AND THE VANDELLAS
Nowhere to Run

Necesito un Apocalipsis o, por lo menos, unas vacaciones.

Esta maldita migraña que no se sabe de dónde viene –si de la falta de sueño, del calor infernal que castiga Barcelona, de la cháchara interminable de los armenios del edificio de al lado, de los ladridos esquizoides de los perros del vecino de arriba o del primer verano sin Irene– terminará matándome.

Menos mal que siempre me ha gustado trabajar en verano.

«Hot town, summer in the city», decía la canción; «all around people looking half dead».

Hay tan poco tráfico que el trayecto al trabajo se reduce a la mitad de tiempo. El barrio está medio vacío, quien más quien menos se ha marchado al pueblo. Y tengo muchos menos usuarios de los que estar pendiente. Me paso el mes de julio recibiendo llamadas de abuelos que, inusitadamente contentos, me dicen: «vete de vacaciones, majo, que yo vuelvo en septiembre, cuídate mucho». Estoy más tranquilo y salgo a charlar un rato a la puerta del despacho con las compañeras del SAD (el Servicio de Atención a Domicilio), y luego, vuelta a casa a pasar calor. Cada año la misma historia, el verano más caluroso del que se tiene memoria, como si la Tierra se hubiera salido de su órbita y avanzase derecha hacia el Sol una y otra vez.

Pero Irene no está, el planeta sigue girando y a mí me toca los huevos tener que abroncar a Wilma, la auxiliar de limpieza, porque tomar el sol en la terraza de la señora Elisenda no es ético, por mucho que ella insista en ofrecerte una Coca-Cola Light, guapa, y siéntate aquí, que te pondrás bien morena.

—¿A ti esto te parece normal, Wilma?

Me escuecen los ojos, estoy sudando, y tener que llamarle la atención me da mucha pereza.

—La señora insistió.

—¡La señora puede decir misa! Pasa la escoba, lava los platos, quita el polvo. ¿Recuerdas que te haya dicho que tomaras el sol?

—No.

—No. ¡No lo recuerdas porque no te lo dije!

Wilma baja la mirada, aunque yo sé que no se arrepiente de nada.

—No lo haré más.

Volverá a hacerlo. Siempre vuelven a hacerlo.

—Esto es una advertencia. A la tercera vas a la calle.

Ya estamos en la calle, en la portería de un bloque de pisos de la plaza Lluçmajor. La amenaza surte poco efecto y se evapora sobre el asfalto.

A esto es a lo que me dedico: a regañar a mujeres adultas que cuidan a personas mayores.

A veces me pregunto por qué demonios estudié trabajo social, si no me gusta la gente. Qué me empujó a dedicarme profesionalmente al trato con personas, cuando lo que más me apetece es estar solo o con... con Irene. Sé cómo entré en la facultad: medio engañado, cuando, a los dieciséis, Nicoletta y yo nos propusimos estudiar juntos en la universidad. La típica novieta de instituto que dura un par de años (ciento cuatro fines de semana) y dirías que tiene que ser para toda la vida, y que

resulta que el primer semestre de facultad me cita en el bar –dónde, si no– y me dice que tenemos que hablar. Como toda persona bien informada sabe, «tenemos que hablar» es la fórmula universalmente consensuada para cortar una relación, y suele acompañarse de los enunciados «me gustas como amigo», «no eres tú, soy yo», o la demoledora «he conocido a otro hombre».

Así que estudié una carrera en la que sólo había chicas mientras a Nicoletta le comía la boca un primo lejano de Roma que había venido a... bueno, que había venido a comerle la boca y basta.

Ese seudoharén podría parecer el sueño de todo chaval con la mayoría de edad recién estrenada si no fuera porque yo ya había empezado a desarrollar cierto grado de misantropía. Cuando no jugaba con la consola, leía; si me cansaba, me iba al cine. Era la época preinternet, claro. Lo que fuera antes de quedar con esas estiradas de universidad de pago, niñas bien que querían salvar el mundo. Algunas iban para monja, pero como lo del celibato no les atraía demasiado, vieron en trabajo social su plan B. Otras se limitaban a matar el rato hasta que llegara el momento en que, desde el cuartel general de Mango, pudieran dominar el holding empresarial de papá. Las de un grupito llegaron a creerse que lo que estudiaban les resultaría útil algún día, y finalmente descubrieron que no, que la universidad no es más que un trámite, que lo que cuenta es dónde te mojas luego y qué estás dispuesto a sacrificar.

Soy de una generación que creció con *Sensación de vivir*: gente de treinta años fingiendo estar en los dieciséis mientras los de quince simulábamos ser adultos de treinta. Eso no podía acabar bien. Comportaría, por fuerza, secuelas psicológicas irreparables.

–Hay algo que entonces me sorprendía y que todavía sigue carcomiéndome: ¿sabes qué quería ser Brandon de mayor? –le pregunto a Casu después de echar un trago de cerveza en una terraza de la plaza Àngel Pestanya–. De todavía más mayor, quiero decir.

–No lo sé. Yo sólo miraba la serie por Jenny Garth, la rubita.

–Quería ser médico.

–Es posible.

Casu se pasa la mano por el cabello y mira a su alrededor. La camarera china le sostiene la mirada y sonrío tímidamente esbozando una mueca. Él finge ignorarla, pero sé que es demasiado presumido como para haber pasado el gesto por alto. Con las greñas de progre de los setenta, gafitas de intelectual y cuerpo de Simba, el Rey León, no es extraño que llame la atención.

–Lo que quiero decir es que él lo tenía muy claro, ¿no? A los dieciséis no dudaba. Cuando tenías dieciséis años, ¿tú sabías que querías ser profesor de Psicología en la universidad?

–Se lo preguntas a alguien que quiere dejar el mundo académico para meterse a doblador.

–Me lo pones a huevo, entonces. Pues a los dieciséis él ya quería ser médico.

–Teniendo en cuenta el volumen de negocio en Beverly Hills, yo me habría especializado en cirugía estética. –Trago de cerveza y vistazo rápido a la camarera, que ahora mueve las caderas como nunca antes lo había hecho, o eso diría yo–. Con los ojos cerrados.

–¿Para hacer chapuzas, como el que le infló las tetas a Brenda?

–¿Es falso?

Casu sobreactúa, da un golpe en la mesa y derrama la San Miguel de la copa.

–¿Sabías que en el primer episodio uno de los personajes vestía una camiseta con la bandera española?

–Hostia, Negro. ¿Tú cómo te acuerdas de estas cosas? Echo un trago directamente de la botella.

–Acumulo información inútil que dudo que llegue a servirme jamás.

–Hombre, pues como fondo de armario para conversaciones siempre funciona.

–Voy bien servido, sí. Será más original que la moda de esta temporada, al menos.

–La farsa de la nueva gripe.

–Por ejemplo.

Casu se anima, igual que en *Un, Dos, Tres*, a veinticinco pesetas la respuesta acertada. La camarera china es una versión posmoderna de las azafatas del programa: cada vez que sobrevuela los hombros de mi amigo, nos muestra la misma simpatía exagerada que ellas.

–La bacteria de Mongolia.

–Vaya tema. La estrella de los periódicos gratuitos.

–Por cierto, recuérdame que te envíe un mail con los enlaces a las teorías conspirativas sobre la supuesta creación gubernamental del virus –me enseña las palmas de las manos; está hecho un pantocrátor seductor–: Fli-parás.

–Ahora vuelve a decir que el raro soy yo, Casu.

Necesito dormir, este 13 de agosto se me está haciendo eterno. La migraña me mata, y todavía tengo que volver al despacho a preparar las facturas que la empresa pasará al Ayuntamiento.

El móvil del trabajo me trepana los tímpanos. Mierda. ¿Dónde está el Gelocatil cuando lo buscas?

–¿Sí?

–¿Víctor?

Begoña, la siempre simpatiquísima Begoña. La chica que atiende las llamadas del despacho y gestiona desastres con una sonrisa de oreja a oreja.

–Dime, Bego.

–La señora Rosa ha llamado.

Ochenta y seis años, química, durante la República trabajó fabricando medicamentos. Está casada con un hombre a quien lleva quince años, Eliodor, lector de novela negra. Su hijo vive en Francia y, en principio, esta semana o la siguiente tenían que ir a pasar un mes con él. A la señora Rosa le falta la energía de antaño, pero la pareja no tiene nada que no sea propio de la edad: repiten, cada tres minutos, las mismas conversaciones, que acostumbran a versar sobre las pastillas que el médico les ha recetado.

–La acompañamos al médico el viernes. –No hay más servicios hasta que vuelvan, me extraña que la señora Rosa llame–. ¿Ha pasado algo?

–Está bastante preocupada, dice que quiere hablar contigo.

–¿Están bien?

Le habrá dado la vena. Las primeras señales de una demencia.

–Pero ¿qué ha pasado?

–Su marido. La señora Rosa dice que su marido no es su marido.

En un torneo de barrios glamurosos, el mío no pasaría la previa de verano. Ni a doble partido.

No estoy hablando de un lugar terrible al estilo de las urbes de Mad Max, con guerras por la gasolina y gente medio desnuda que apenas si llega a cubrirse con equipamiento de hockey y machetes del tamaño de un brazo, claro (por mucho que los conductores de los vehículos de la limpieza desconozcan el uso del pedal del freno), pero tampoco es el barrio que los turistas suelen visitar en busca de la esencia barcelonesa prefabricada. Aquí Gaudí no proyectó ningún templo de postal. Fueron los inmigrantes de mediados de siglo xx (andaluces, extremeños y gallegos) quienes, con sus propias manos, levantaron edificios al pie de la montaña de Collserola mucho antes de que las expresiones «proyecto urbanístico» o «coherencia estilística» desplazaran palabras como «chabola» o «barraca».

El barrio de Nou Barris no tiene la vida bohemia de Gràcia, la atmósfera casera de Sants o el carácter de pueblo de Sant Andreu, pero es un barrio en constante metamorfosis. Los ochenta fueron los años del caballo, que con la reforma olímpica se disgregó entre La Mina y Can Tunis (un lugar que, en la clasificación de Lugares Donde Vivir, ocupa plazas de descenso).

Mi hermano Ricard llama al barrio «las afueras». Pero eso es porque él vive en Dubái y, como todos saben,

allí la comunicación con el metro de la línea amarilla está fatal.

Cuando el tubo de escape de un ciclomotor me saca de la cama, el dolor de cabeza sigue conmigo. Enciendo el ordenador antes de mear. No hay correos electrónicos. Bueno, he recibido el boletín de *El Periódico* y el de *La Vanguardia*, pero son al correo lo que la revista publicitaria del Ayuntamiento a las cartas. Los mismos titulares del último mes: la nueva gripe, que llegará más agresiva en septiembre, dicen; cierre de fronteras entre países sudamericanos; un brote de atentados en Iraq, e insurrecciones en África. Mierda. Son las ocho menos algo de la mañana, ya llego tarde, y todavía quiero hacer una parada en el Caracas, está de paso y me sirve para coger fuerzas y aguantar a la ciclotímica de Carme, la directora del SAD.

Es uno de los momentos más relajantes del día. Y también uno de los más breves. La cafetería es pequeña, y la barra forma un triángulo en su centro, igual que las de los frankfurts. Pablo y Fernando, dos gemelos ecuatorianos, reparten cafés y cruasanes a la velocidad del rayo, sin preguntar apenas, ya que se conocen los gustos de la clientela. Hoy coincido con unos de Prosegur y con un par de repartidores, pero también podría haber encontrado a un puñado de mossos d'esquadra, los conductores de ambulancias del Clínic (que queda una calle más arriba), repartidores de prensa o gente que vuelve de fiesta y ha visto el bar abierto.

–Leche caliente, ¿verdad? –me pregunta Pablo.

–¿Con este bochorno?

Cambia la jarrita metálica y llena de espuma por una botella de leche recién abierta. Le doy un repaso al *Mundo Deportivo* por encima del hombro del vigilante de se-

guridad que tengo al lado. Trozos de ensaimada sobre los titulares de noticias vacías en un verano sin alicientes.

—¿Cuánto te debo? —pregunta retórica. Lo de cada día.

Todo tiene el sabor confortable de la rutina.

Algunos comportamientos me sorprenden por su perseverancia repetitiva. Es el caso de la Yonqui, una chica que se prostituye a la entrada del cementerio de Montjuïc a cambio de una papelina o de cinco euros. De buena mañana la ves plantada entre los cipreses, esquelética, zarandeada por el viento, ropa oscura llena de manchas irreconocibles (que no pienso hacer esfuerzo alguno por identificar), esperando a la clientela. Y el caso es que tenerla, la tiene, porque más de una vez y más de dos he visto a señores en Mercedes que se paran a su lado para una mamadita rápida. Hay que tener ganas y pocos escrúpulos (y una inclinación especial por las bocas desdentadas). Decía que cada día, cuando dejo la moto en el descampado, la Yonqui se me aproxima, trata de guiñarme el ojo, gesto que, por efecto de las legañas, se convierte en una mueca que se prolonga más de lo que la coquetería requeriría, y me dice «nene, nene», como si fuera la invitación al mejor rato del día. Con la mano rechazo la irresistible tirada de tejos y ella da media vuelta murmurando una frase que nunca he llegado a entender. Excepto el día en que se me acercó para decirme: «La vida es muy puta, nene, ¿tienes un cigarro?».

Saludo al vigilante, que ni levanta la vista del *Marca*, y me preparo para recibir la bronca de la directora.

Pero Carme ni está ni se la espera, se encuentra mal. Perfecto. Hoy trabajaremos tranquilos. No es mala mujer, no en el sentido de Enriqueta Martí, por ejemplo (la historia esa de secuestrar a niños y destriparlos para conver-

tirlos en unguento), pero es inestable como una partícula cuántica: tan pronto puede ser que sí como puede ser que no, bueno y malo, blanco y negro, cerveza y vino, todas las posibilidades al mismo tiempo hasta que la miras y queda fija en una. Un día tendré que hacer la prueba y, en mitad de una conversación con ella, callar durante treinta segundos y volver a empezar. Estoy convencido de que actuaría como si fuera la primera vez que hablamos. De todos modos, no es habitual que falte al trabajo, y son pocos los días del año en los que podemos salir a tomar un café y rajar durante más rato de lo habitual.

Lo que no es necesariamente positivo. Mis compañeras de trabajo sufren una especie de síndrome de *horror vacui* que las lleva a considerar mi soledad algo imperdonable. Necesitan llenar este vacío con compañía femenina sí o sí, y conspiran constantemente para encontrarme a alguien que sustituya a Irene. Aunque al principio, cuando empezó este año de mierda, agradecía el esfuerzo, ya empiezo a sospechar que tan altas dosis de altruismo deben nacer, por fuerza, de algún tipo de competición secreta entre ellas. Me pregunto qué se habrán apostado.

—¿Qué haces el viernes? —pregunta Yolanda con la mirada de quien sabe que está a punto de comerse una ficha y avanzar veinte casillas.

—Estamos a martes y tengo la cabeza como la banda sonora de *Terminator*. Suerte tendré si para el viernes no me he ahorcado.

—He encontrado una chica perfecta para ti.

—¿Le gustan los chicos que huelan a muerto y con una soga por collar?

—Odia los sarcasmos, eso lo sé seguro —interviene Elena.

—Y no está como una cabra, como tu ex.

Puya de Yolanda.

–Pues ya podemos descartarla.

Me da pereza hacer algo este viernes. Me da pereza hacer algo en cualquier momento.

–Hay concierto en el Razzmatazz y ella quiere ir.

–¿Tú me ves a mí en el Razzmatazz? ¿En serio? ¡Si no voy por ahí desde que tenía dieciocho años! Y eso porque tenía las hormonas a flor de piel.

–Y ahora las tienes a flor de mano –dice Elena.

La masturbación del señor Víctor Negro. El gran tema en el que desembocan todas las conversaciones sobre parejas. Como si de una curiosidad morbosa se tratara, a mis colegas les encanta saber si me la casco. En realidad, lo dan por hecho, la naturaleza masculina y blablablá, y quieren conocer los detalles por pura curiosidad científica. Es el momento de desviar la conversación.

–Las primeras citas en conciertos no funcionan.

–¿Ah, no? –pregunta Bego, incrédula.

–Una vez, hace muchos años, quedé con una chica a la que había conocido en Bikini. Muy mona, pelirroja, un poco rara, como Sissy Spacek pero sin lanzar cuchillos con la mente. No cuando yo estaba delante, al menos.

–*Carrie* –explica Elena al resto, muy bajito.

–Me llamó y me dijo que había una banda que estaba empezando y que quería ir a escucharla a la Fnac de la Illa. Eran los Dover. Nos encontramos allí y ella se colocó en primera fila, pero yo me quedé en el fondo, la muchedumbre me agobiaba y la sala era demasiado pequeña. Y como sólo veía la cabecita de la cantante y un montón de tías saltando delante de mí, me fui a ver libros y discos.

–¿Y la chica?

–Cuando el concierto terminó, yo estaba ahí como un clavo, como si no me hubiera escapado. Salió y esta-

ba sudadísima, y en una tienda, por mucho concierto de veinte minutos que tú quieras, es de mal gusto. Me preguntó si quería ir a dar una vuelta. Fuimos hasta la sección de discos, que ya me sabía de memoria, y se puso los cascos para escuchar la música de muestra.

–Qué tía más rara –dice Bego.

–Y tonta –remacha Yolanda.

–Total, que yo pienso que será sólo un ratito, porque estas cosas están para que escuches el principio de tres o cuatro canciones y te hagas una idea, ¿no?

–Sí.

–Pues no. Sissy Spacek grita: «¡The Charlatans!», y se pone los cascos para escuchar el disco. ¡Entero! La tía se pasó cuarenta y cinco minutos tarareando canciones en la Fnac.

–¿Y tú qué hiciste?

–Al principio pensé en largarme, pero tenía miedo de que me quemase la casa y me dejara clavado dentro con sus cuchillos voladores. En la sección de cómics me leí todo lo que tenían de la Marvel, prácticamente. Me instalé en esos sofás que tenían antes y que siempre estaban llenos de peña leyendo por el morro.

–¡Ay, sí! –estalla Bego como si los Reyes Magos hubieran entrado por la puerta con un montón de regalos envueltos con lacitos de colores–. Una vez vi a un tipo que doblaba las esquinas de las páginas y todo, así marcaba el punto en el que se había quedado.

–Hay que ser rata para eso –suelta Yolanda antes de tomarse su taza de leche con una gotita de café.

–Un amigo mío vio que hacían esto en Japón –dice Elena–. Se ve que en Tokio, en tiendas de manga de no sé cuántas plantas, la gente se queda parada, todos como pasmarotes en fila delante de las estanterías, leyendo.

–De Japón me lo espero todo.

Miro el reloj.

—¿Vamos?

Bego entiende el gesto, se levanta y todos la imitamos.

—Podría ir a tomar algo con la chica, al menos.

Yolanda vuelve a sacar el tema.

—Tres cortados y un café. —Le pago la ronda a la camarera, que sonrío y vuelve a charlar con un cliente que lleva días diciendo que alguien tendría que matar al presidente del gobierno—. ¿Sirve como soborno para que no insistas?

—No te cuesta nada. Se llama Dolores y es muy guapa... y no tiene novio.

—¿No me llames Dolores, llámame Lola?

—¡Hostia puta, qué calor! —exclama Elena cuando salimos al desierto de *Dune*.

—Va, que tocan los White Stripes y todavía quedan entradas.

—No sé, ya te diré algo.

—Entonces la llamo y le digo que sí.

—No me encuentro bien, Yoyo.

Caminamos resguardándonos bajo la sombra de cuatro balcones, con el sol de cara y el ruido de camiones llenos de cascotes perforándome el cerebro. El guardia de seguridad (aliento de nicotina, camisa abierta a la altura del ombligo) nos abre la puerta y vuelve a sentarse para leer lo que Valdano dice del Madrid.

A mediodía me llama Diego para preguntarme si quiero quedar para comer. Como por la tarde me tocan visitas, un poco de testosterona me irá bien para compensar tanta menstruación sincronizada.

—¿Dónde quieres ir?

—Donde siempre, al vietnamita o al japonés.

—¿Nos marcamos un japo?